

da, extenuada, casi moribunda, con su frente marchita y tostada por el dolor!

La enfermedad que la habia acompañado paso á paso toda su vida, hizo en los últimos años progresos muy rápidos. Soledad habia soplado materialmente la llama de su vida.

Pasó la primavera, tambien el estío y llegó el otoño.

A medida que se acercaba esta última estacion, con sus vientos y sus hojas secas, Soledad parecia tranquilizarse un poco, porque se le iban acabando las fuerzas. No lloraba, porque no tenia lágrimas en sus ojos.

A fines de Setiembre, ya le faltaba la voz. Entónces comenzó á tranquilizarse, y á medida que se despejaba su mente, su alma recobraba la fé y la esperanza; hubie-
ra podido decirse que iba descubriéndose el azul purísimo del cielo á traves de los nubarrones que la brisa perfumada de la mañana hacia huir.

Entónces se arrepintió, pero de muy diferente manera: ¿cómo habia podido dudar un momento de la infinita clemencia del Señor? ¿cómo habia desconfiado del que templa el rigor del cierzo al abrigo de los pobres?.....

VI.

L'homme peut manquer á la Providence: la Providence ne manque pas á l'homme. Elle envoie sans doute des chagrins á notre cœur, ainsi que des douleurs á notre corps; mais lorsqu'il n'y a point de notre faut, le bonheur, qui s'est terni par instant, refleurit sous les larmes, comme la santé sous les sueurs de la fièvre, jusqu'au jour marqué pour l'éternelle félicité.

EMILE DESCHAMPS.

EL día 4 de Octubre anunció Soledad á sus hermanas que deseaba hacer una comunión el próximo domingo para implorar la clemencia del Señor.

Desde aquel momento se recogió dentro de sí misma, y tal vez se despidió de todo lo que la rodeaba.

Los vientos que habian agitado aquella flor del cielo se extinguieron entónces como se extinguen las brisas de la tarde al aproximarse la noche, y la calma volvió al pecho de la jóven.

Soledad pudo llorar todavía algunos momentos, mas no fueron ya las lágrimas amargas que la arrancaba el dolor, sino el llanto dulcísimo del hijo que vuelve á ver á su padre, el llanto del desterrado al mirar de nuevo á su patria.

No obstante, no fué un gozo el que experimentó Soledad al recobrar la tranquilidad, sino una plácida tristeza. Era que tenia el presentimiento de que ella no pertenecía ya á este mundo; era que sentía que su vida comenzaba á declinar.

Habíase cumplido sin duda el número de las pruebas, y su alma tendia las alas hácia el cielo, aguardando solamente el instante de partir.

Y en efecto, parecia que en Soledad no vivia mas que el espíritu. Era imposible que su cuerpo se extenuara mas.

Las huellas que habia dejado en su rostro el dolor eran profundas, terribles, irremediables; como las que deja la lava á su paso por los campos.

Su frente y sus mejillas estaban mas pálidas que nunca; pero no era esa palidez repugnante de la enfermedad, á pesar de que la religiosa estaba muy mala; sino una palidez agradable, trasparente, con un levísimo tinte amarillento; esa palidez mística, por decirlo así, que se nota en las Vírgenes y en las imágenes de los santos; color tristísimo, sin embargo; nuncio de muerte, como el color de las hojas á fines del otoño.....

Sus ojos, siempre rodeados de un círculo lívido y sombrío, que crecia cada día, brillaban con un resplandor celeste y apacible, como el del lucero de la tarde.

En los últimos días una sonrisa dulce y melancólica habia brotado de entre sus labios; una sonrisa triste que causaba pena al corazón, porque parecia la flor que brota sobre un sepulcro.

¡Ay! Soledad habia sofocado el amor que nacia en su pecho, y junto con él dado la muerte á su corazón!

Por eso estaba tan tranquila, tan melancólica, tan resignada.

Por eso se notaba en todo su rostro un no sé qué de angélico que no era de esta tierra.

Por eso al mirarla arrodillada ante la Virgen María, esa poética y sublime personificación del dolor y de la pureza, con la vista levantada al cielo, con los labios entreabiertos en dulce anhelo, no podia ménos de tomársela por una imagen.

Soledad se acercaba rápidamente al fin de su vida, de esa vida toda llena de dolores, de pruebas, de amarguras; de esa vida muda, oculta, perdida entre las sombras de un claustro; de esa vida que la ignorancia, la inexperiencia y el candor habian hecho tan agitada.

La paz de que comenzaba á gozar era la paz de la tumba, de que tanta necesidad tenia su cuerpo. El cansancio que la tenia tranquila, era esa especie de somnolencia que precede de léjos á la muerte, como la calma que anuncia la proximidad de la noche desde mucho ántes que el sol se oculte.

Su alma presentia cercana ya la aurora del día inmortal; y si nos fuera permitido expresarnos de este modo, diriamos que se sentia mas ligera, mas rejuvenecida, que aspiraba ya las frescas brisas de la mañana.....

Jamas, en una palabra, habia percibido Soledad de un modo tan claro la diferencia que habia entre su cuerpo y su alma. Aquel tendia hácia la tierra como las ramas se-

cas de los árboles, mientras que esta se sentía cada día más libre, más desembarazada.....

Por esta razón la joven había experimentado la necesidad de tranquilizar su conciencia y purificar su alma.

Se sentía próxima á comparecer ante la presencia del Supremo Juez; sentía que las cosas de la tierra le eran ya extrañas, y su espíritu anhelaba la pureza de los ángeles, entre los que ántes de poco iba á confundirse.

Los dos días anteriores al domingo señalado para la comunión, los pasó sin salir de su celda, sin hablar con nadie, preparándose para el acto terrible y solemne que iba á cumplir.

El sábado por la tarde, serena, modesta, tranquila, confiada en la clemencia de Dios, bajó al confesonario.

El padre Rafael estaba allí.

Él también había padecido lo que la lengua humana no puede expresar; él también había combatido cuerpo á cuerpo; y resignado á la voluntad del Señor, aguardaba todos los dolores con que le pluguiera probarlo.

Al saber Soledad que el padre Rafael se hallaba en el confesonario, titubeó un momento, tuvo intención de volverse; mas, confiada en el auxilio del Señor, continuó su camino.

Rafael la sintió venir; desde mucho ántes que se aproximara comenzó á palpar su corazón, á hervir su sangre.

En medio de aquella agitación le vino también la idea de huir. Pero ¿con qué derecho, él, sacerdote de un Dios de paz, que siempre tiene abiertas sus manos para derramar el consuelo en el corazón de quien lo invoca, se negaba á escuchar las faltas de un penitente que venía

en busca del perdón? ¿Con qué derecho le negaba la facilidad de descargar sus culpas, haciéndole perder tal vez el momento oportuno?

Hizo un esfuerzo inmenso sobre sí mismo y no se movió del lugar; pero alzó las manos al cielo y demandó fuerzas al único que puede dispensarlas.....

¡Cuán solemne fué aquella confesión! Hubiera podido decirse que no eran dos criaturas humanas quienes la hacían. Soledad y Rafael sentían que sobre sus corazones pesaba ya la eternidad. No era la voz de la sangre la que en ellos hablaba; era algo más elevado, más noble, más etéreo.

Era que sus corazones habían sido ya purificados.

Soledad repitió la misma confesión que había hecho algunos meses ántes; pero su voz no se alteró.

Su acento era dulce, sencillo y lánguido, pero con un no sé qué de sonoro que recordaba las armonías del órgano; grato como esa voz melodiosa que oímos en los sueños de nuestra infancia; suave como la que murmura en los campos alabanzas al Criador.....

Rafael escuchaba en silencio, con la cabeza inclinada; tampoco su corazón latía con la vehemencia de ántes. La dulzura y la humildad de la monja calmaban su pecho.

La confesión era triste; para ambos el cielo era su único anhelo, su única esperanza; y sin embargo, al separarse de la tierra, al volver á lo pasado sus miradas, no podían ménos que entristecerse un poco. ¡Tal es el corazón del hombre!

Bien pronto llegó Soledad al punto en que la confesion anterior habia sido cortada.

En aquellos momentos el sol se ocultaba; sus últimos resplandores doraban débilmente los cristales de la cúpula; las sombras se iban extendiendo con lentitud, y reinaba un silencio profundo, interrumpido solamente de tiempo en tiempo por el melancólico y religioso silbido del saltapared, cuyos acentos eran repetidos por el eco de las bóvedas.

Nada hay mas solemne en la naturaleza como esta hora en que todos los ruidos del mundo se van desvaneciendo, para dejar al alma que se eleve naturalmenté hácia lo infinito.

Nada tampoco hay mas religioso é imponente como una iglesia desierta á esas horas. El corazon se llena de respeto; Dios se presenta á nuestra alma con todo su poder, con toda su magestad.

Soledad y Rafael no pudieron permanecer indiferentes á la solemnidad de aquella hora.

El respeto apagó la voz en los labios de la segunda. ¡Cuán miserable y débil era ella ante aquella magestad! ¡Cuán grandes eran las ofensas que habia cometido!

Rafael experimentó la misma sensacion; mas conociendo que Soledad se dejaba arrastrar por esa desconfianza, que Dios castiga tal vez mas que las mismas ofensas, la dijo:

—Hermana mia..... ¿por qué se apaga la voz de tus labios?..... ¿por qué sofocas esas palabras que brotan del fondo del pecho?.....

—¡Padre mio! murmuró Soledad, he ofendido tanto al Señor.....

—¿Y temes que no alcance su infinita clemencia para perdonarte?..... ¿dudas del que vino á derramar su sangre en medio de los mas crueles tormentos, por redimir al hombre?.....

—¡Ay! no dudo; pero yo tan pequeña he ofendido á su inmensidad!

—Por lo mismo está mas dispuesto á perdonarte..... ¿Crees tú que el Señor no tiene en cuenta nuestra debilidad? ¿Crees acaso que él quiere medir nuestras escasas fuerzas por las suyas? ¿Crees tú que sus juicios son como los de los hombres, que miran nada mas la superficie de las cosas?..... ¡No, no! el Señor es tan clemente como justo; para él no es criminal sino el que quiere caer..... por eso, ¡cuántos séres á quienes el mundo ha condenado, habrán recibido en el cielo la corona de mártires!!.....

—Pero yo ¿qué podré alegar en mi defensa?

—Tu ignorancia, tu aislamiento, tu debilidad..... —Tu alma ha quedado pura y sin mancha; las pasiones no la han empañado..... has sufrido largas y dolorosas pruebas, y de ellas has salido adolorida, moribunda, pero mas casta y mas pura que ántes..... has quedado inmaculada como el cielo despues que el viento se lleva los nubarrones que lo entoldaban.....

—¡Ay, padre mio! vuestras palabras llenan de dulce esperanza mi corazon..... pero es tan grande mi falta, que temo que el Señor no quiera perdonármela. ¿No os figurais cuán grande debe ser su ira contra mí, que he manchado con pensamientos de amor este casto lugar?.....

—¡Su ira dices!—Dios no tiene ira: es un sér perfecto, exento de pasiones..... ¡Ay! los que suponen en Dios ira, los que nos pintan su venganza ¡cuánto rebajan su dignidad! ¡cuánto mal hacen á los corazones sensibles é ignorantes como el tuyo!—Dios es justo, pero no vengativo; severo, pero no irascible..... ¿Crees tú que pudiera ser Dios si fuera vengativo é iracundo? Crees tú que pudiera ser Dios si se dejara apoderar de una rabia delirante contra sus hijos, cuando por debilidad ó ignorancia cometen un error?..... ¿Qué sería entónces del mundo?..... ¡Ah! no, por el contrario, Dios es todo amor, toda elescencia.... ¿Puedes figurarte iracundo al que perdona los crímenes mas grandes con solo un acto de arrepentimiento? ¡al que ha instituido el sacramento de la confesion para que el hombre se purifique ántes de comparecer en su presencia?.....

—¡Gracias! ¡gracias! Dios os inspira sin duda, porque vuestras palabras calman mi cruel ansiedad..... Ya siento que la esperanza alienta mi corazon; ya siento que la fé tiende sobre mi cabeza sus bienhechoras alas..... ¡oh! cuán grato es al alma creer y esperar.....

—¡Es el signo de tu perdon! ¡Crear es un reflejo de la felicidad celeste, que desde esta tierra ilumina y baña á los justos!.....

Hubo un momento de silencio; luego continuó el sacerdote.

—Perdóname..... yo he sido el instrumento de que el Señor se valió para probar la pureza de tu alma, y yo tambien he padecido mucho.

El Señor es justo contigo y va ya á premiar tu fortaleza

y tu virtud; pero para mí ¡cuándo llegará el día feliz en que la tumba me abra sus brazos?

Ya miro lucir sobre tu frente la diadema de estrellas con que el Señor premia á las que han conservado su pureza y su castidad en medio de las pasiones, como el cisne que atraviesa los pantanos sin manchar la blancura de su plumaje.

El camino que de aquí te conduce á la tumba está sembrado de flores; flores que ya no verás marchitar; flores que te sobrevivirán adornando el lugar donde repose tu cuerpo; hermosas, puras y fragantes como el recuerdo que dejas de tu tránsito por el mundo.

¡Ay! vamos á quedar huérfanos y solitarios..... ¿qué ángel me enseñará de hoy en mas con su ejemplo y su virtud?

Te vas, y dejas en mi corazon un rastro sangriento.... ¡á dónde iré yo con mi dolor?

Pero me queda tu memoria..... y yo la conservaré en mi pecho, como una flor nacida entre las ruinas de mi corazon, alimentada con mi sangre.....

Me queda tu ejemplo; yo seguiré tus huellas; yo imitaré tus virtudes.....

Ruégale al Señor que se acuerde de mí.....

No he orado como debiera, pero he padecido mucho.

¡Ay! pídele que nos volvamos á ver en el cielo; allí, donde el amor es puro, ferviente, infinito.....

Acá en el mundo Dios no quiere que hallemos en las criaturas un amor tranquilo y perfecto, para que esa necesidad de un amor completo, espiritual, que experimen-

tan todos los corazones, nos tenga sin cesar anhelantes, esperando la hora de ir á gozarlo en el cielo.

Porque en el cielo todas nuestras almas no formarán mas que un solo espíritu; la comunión de los santos.

Dios es el centro del amor; y todas las almas gozarán con el amor que ellas le tienen á él, y él les tiene á ellas.....

Entonces dos almas no formarán mas que una sola alma, y los que se han amado en esta tierra, gozarán la verdadera felicidad, reuniéndose en un solo ser como dos gotas de agua cristalina que se confunden y no forman mas que una sola gota de agua.

.....
¡Ah! y ¿así hay quien tenga miedo á la muerte?

¡Oh! dichosa tú, mil veces dichosa, á quien la muerte viene á sorprender en medio de la juventud. ¿No sabes que morir jóven es una felicidad? Un privilegio que Dios concede únicamente á las criaturas puras y santas como tú.....

¡Oh! ruégale que se acuerde de mí.....

Ruégale, por la corona de vírgen que adornará tu frente

.....
Cuando Soledad concluyó su confesion, cuando su conciencia quedó limpia hasta de la mas leve falta, dobló la frente sobre el polvo de la tierra y levantó su corazón al Señor.

El padre Rafael la contempló un instante, ahogó un suspiro, y pronunció la absolucion con voz firme y solemne.

Al día siguiente todo estaba preparado para la santa ceremonia. Se habia adornado el altar con suma sencillez, y en él, á deseo de Soledad, no se pusieron mas que azucenas.

El sol atravesando los cristales de la capilla iba á besar el pié del altar. Parecia un rayo de bendicion.

Comenzó la misa, esa patética y religiosa ceremonia.

El órgano sonaba á lo léjos con dulzura; sus acentos llenaban de unción el aire: hubiera podido decirse que eran el eco de un coro de ángeles.

Las religiosas, llenas de fervor, estaban arrodilladas detras de Soledad, á quien contemplaban en aquel momento mas hermosa que nunca.

Rafael pálido, grave, pronunciaba las oraciones de la misa.

Todos los corazones estaban conmovidos, porque aquella ceremonia era casi una despedida.

Quando el sacerdote tomó en sus manos el Pan de la Vida, ya consagrado, para ofrecerlo en holocausto al Criador del cielo, todos se prosternaron; el órgano sonó mas suave, mas dulce, mas religioso, como el trino de una ave, como el suspiro de un corazón amante; el incienso se elevó en candidas nubes al cielo, como una oración, esparciendo ese místico aroma, tan grato para el pecho.

Aquel fué un instante lleno de felicidad y de religiosa ternura, que se prolongó sin que nadie lo sintiera.

En seguida el sacerdote se acercó á Soledad.

La jóven estaba arrodillada; sus mejillas se veian animadas de un dulcísimo carmin; sus ojos brillaban llenos de pureza como unas estrellas..... Su rostro respiraba la

paz del cielo..... parecia que á traves de su piel de rosa se miraba irradiar su alma.....

El padre Rafael levantó la hostia al cielo y oró un momento, por aquel ángel que tan pronto iba á partir..... despues la puso entre los nacarados labios de la jóven, que ruborizada de ventura y de felicidad bajó los ojos al suelo.....

Estaba tan hermosa, habia en su rostro tanta santidad, que el padre Rafael no pudo resistir y cayó de rodillas ante ella.....

Soledad lo miró bondadosamente, y levantó con lentitud su mano derecha, señalándole el cielo.....

En aquel momento el sol bañó con un reflejo de oro la cabeza de aquellos dos ángeles.

Parecia que Dios derramaba sobre ambos su bendicion; parecia que ambas criaturas quedaban purificadas despues de la sagrada ceremonia.....

VII.

Elle s'endort, elle ne meurt pas; son visage conserve une douce expression; elle s'endort sans crise, sans combat, belle et blanche comme un ange.—*Biografía de Luisa de Holtei.*

Quand je considère pourtant que les chrétiens ne meurent point, qu'ils ne font que changer de vie; que l'apôtre nous avertit de ne pas pleurer ceux qui dorment dans le sommeil de la paix, comme si nous n'avions point d'espérance; que la foi nous apprend que l'Église du ciel et celle de la terre ne font qu'un même corps.... quand je considère, dis-je, que celle dont nous regrettons la mort est vivante en Dieu, puis-je croire que nous l'avons perdue?—*FLÉCHIER.—Oraison funèbre de la duchesse de Montausier.*

DESDE el instante en que Soledad celebró aquellos celestes esponsales; desde que, como una prenda de eterno amor, recibió dentro de su pecho el cuerpo de Jesucristo, se retiró á su celda, de la que ya no volvió á salir.

La calentura que hasta entónces la habia devorado poco á poco, aumentó rápidamente.

A instancias de las religiosas se puso en cama y vinieron algunos médicos, quienes la examinaron en silencio y movieron tristemente la cabeza, con ese ademan que quiere decir: ¡Ya es demasiado tarde!